

La otra mitad
Camila Gómez
Ares

OBSERVABA CON ADMIRACIÓN A LOS CHICOS que jugaban al fútbol.

Yo me pedía la misma camiseta que ellos usaban y llevaba una pelota entre las manos, preparada para entrar en acción en cualquier momento. Sentada en uno de los antiguos bancos del club pegados a la línea del lateral, los veía como jugadores profesionales, tenían 6 años y para mí, que andaba por los 3, eran muy mayores. Pero no me importaba, tres veces por semana me colaba para entrenarme con ellos, hasta que venía mi mamá a sacarme de la cancha y llevarme a gimnasia artística con mi hermana mayor. Yo rogaba: —¡Un lateral más ma! ¡Un córner más!

Uno de esos días, el entrenador del equipo de mi hermano, de esos chicos que yo siempre miraba

jugar, me prometió: —Cami, el domingo te pongo en el equipo—. Y así fue.

Me senté en el banco de suplentes con toda la ilusión del mundo, tan grande como la de cualquier chico a punto de jugar su primer partido. Casi al final llegó la gran frase: Mi técnico gritó: —¡Cambio, juez!—, y entré corriendo apurada, con mis dos colitas rubias saltando como mi corazón, casi sin mirar a mis compañeros y concentrada en los contrarios, analizándolos uno por uno. Escuché los aplausos y las voces de aliento del público, los padres y los hermanos de mis compañeros. Me puse en el centro de la cancha, preparada para dejarlo todo, con unas ganas inmensas. Los jugadores de mi equipo, acostumbrados a verme entre ellos, esperaban que se reanudara el partido. Los contrarios sólo me miraron para resolver quién me tenía que marcar.

Pero algo pasó.

Me lo pregunté en ese momento y la pregunta vuelve todavía hoy: ¿qué fue lo que pasó?

El director técnico contrario había decidido

retirar a su equipo al ver una niña en la cancha. Era un señor pelado que lucía el conjunto deportivo de su club y tenía el ceño fruncido, un gesto que parecía decir: —¿Mis jugadores están enfrentando a una nena? ¡No!— Mi entrenador me sacó de la cancha, volví al banco y el partido continuó como si nada.

Como si hubiera pasado un fantasma.

En mi lugar ingresó un compañero, el equipo contrario regresó a la cancha y todo volvió a la normalidad. En mi memoria guardo cada detalle, aunque quizás en ese momento no entendía la magnitud de lo que sucedía.

Empecinado, mi técnico conversó con el juez y al parecer lo convenció. Ya con el tiempo cumplido, se escuchó nuevamente el grito del árbitro: —¡Cambio!—, mientras le hacía señas al público para que comprendiera que el partido estaba concluído pero que se jugaba un minuto más de alargue, rematando el montaje con una guiñada de ojo.

Recién en ese momento volví a entrar, sin entender esa escena previa y sin saber que ese minuto

más no tenía ninguna validez. Todos – menos yo – sabían que esos sesenta segundos extra tenían el único fin de permitirme jugar sin que el resultado del partido variara. ¡Y entré! Corriendo orgullosa, con una ansiedad increíble. Y me volví a posicionar en la cancha preparada para vivir ese gran momento, mirando sonriente a mi mamá, como lo hacía en cada entrenamiento.

Y se fueron. Otra vez retiraron el equipo contrario.

Quedamos sin batalla, sin adversarios, sin posibilidad de jugar.

No había minuto, no había simulación, no había complicidad entre el técnico y el árbitro, no quedaba nada, sólo la decepción y esa mitad de la cancha vacía, solitaria. Y allí quedé parada, con mis botines nuevos sin estrenar, con mi camiseta amplia, muy larga, que me llegaba casi hasta las rodillas, con la ilusión de ser parte, de jugar como los demás.

No pudo ser. Quedó mi equipo en la cancha sin argumentos, todos los jugadores parados de frente a esa mitad vacía, que nos dió la espalda.

Pasó el tiempo, se abrieron caminos, cambiaron algunas cosas, pero todavía hoy, más de una vez, miro para atrás, no tan para atrás, y sigo viendo ese paisaje. Sigo viendo media cancha vacía.